

Latitud Sur

Revista Anual del Centro de
Investigaciones en Estudios
Latinoamericanos para el
Desarrollo y la Integración



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Económicas



Crítica a la historia eurocéntrica: ¿un camino hacia la posthistoria?

Autor(es): Little, Roch

Fuente: Latitud Sur N° 13, Año 2018. CEINLADI, FCE-UBA. (En línea) ISSN 2683-9326.
(Impresa) ISSN 1850-3659.

Publicado por: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas. Centro de
Investigación en Estudios Latinoamericanos para el Desarrollo y la Integración (CEINLADI)

Vínculo: http://www.economicas.uba.ar/institutos_y_centros/latitud-sur/



Esta revista está protegida bajo una licencia *Creative Commons Attribution-NonCommercialNoDerivatives 4.0 International*.

Copia de la licencia: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



Latitud Sur es una revista académica anual editada por el [Centro de Investigaciones en Estudios Latinoamericanos para el Desarrollo y la Integración](#) (CEINLADI) perteneciente a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

CRÍTICA A LA HISTORIA EUROCÉNTRICA: ¿UN CAMINO HACIA LA POSTHISTORIA?¹

Roch Little²

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA (BOGOTÁ)

Resumen

Existe desde hace más de medio siglo un debate que ha resaltado el carácter eurocéntrico de la disciplina histórica. Este ensayo pretende llevar este debate a sus últimas consecuencias: la necesidad de pensar a una “posthistoria”. Este planteamiento se justifica sobre el hecho de que, dentro de la Modernidad, historia y eurocentrismo son indisociables. La principal característica de esta posthistoria consiste en renunciar a la pretensión plurisecular de una historia “global”. De ahora en adelante, debe pensarse como un saber “espumoso”, es decir, complejo, multicéntrico e indeterminado.

Palabras clave:

Posthistoria – eurocentrismo – historiografía – deconstrucción – espuma

CRITICISM OF EUROCENTRIC HISTORY: A WAY TO POSTHISTORY?

Abstract

There has been a debate for more than half a century which has highlighted the Eurocentric nature of historical discipline. This essay aims to bring this debate to its latest consequences: the need to think of a "post-history". This approach is justified by the fact that, within Modernity, history and Eurocentrism are inseparable. For the author of this text, the main characteristic of this post-history is to renounce the multi-secular pretension of a "global" history. From now on, it must be thought as a "foamy" knowledge, that is, complex, multicenter and indeterminate.

Keywords:

Posthistory – eurocentrism – historiography – deconstruction – foam

¹ Fecha de recepción: 30/10/18. Fecha de aceptación: 30/11/18.

² Profesor asociado, Departamento de Historia. Universidad Nacional de Colombia (Bogotá).

1. Introducción

Este ensayo tiene que ver con un tema que he desarrollado en el transcurso de los años en relación con mis preocupaciones sobre cuestiones de historiografía, que es mi campo de especialidad. En particular, me he interesado en el problema de lo que me gusta llamar “eurocentrismo” en el pensamiento histórico. Digo “eurocentrismo”, porque se está practicando una forma de relacionarse con el pasado cuyos parámetros se han definido desde Europa, particularmente a partir del siglo XIX. Entonces, el propósito de este escrito es presentar una breve reflexión de carácter epistemológico, o para decirlo en términos más sencillos, una “historia de la historia”, con la pretensión de deconstruir esa forma de pensar el pasado (porque de eso se trata: una forma entre otras posibles), y luego sacar las conclusiones y las implicaciones al respecto. En consecuencia, desde el momento que se entiende que no hay una “Historia”, sino formas culturalmente determinadas de escribirla, la utilización de este término se ha vuelto problemático. Así, al pensar la historia como “problema” se está abriendo el camino hacia su superación, o, dicho de otro modo, hacia el planteamiento de una “posthistoria”.

2. Historia eurocéntrica

Se puede comenzar, primero, por definir brevemente la noción de historia eurocéntrica. Pero antes, un pequeño paréntesis. El historiador británico Geoffrey Barraclough publicó a finales de los años 70 un libro cuyo título, en el tema que nos interesa, es particularmente evocador: *Main Trends of History*. Se trata de un texto donde el historiador nos presenta una visión panorámica de las formas de hacer historia y cómo se fueron difundiendo por el mundo. Lo que llama la atención, es que todas estas corrientes reseñadas por el autor provienen de Europa. Sin embargo, esta dimensión era totalmente irrelevante para nuestro autor. Se trataba de historia y nada más (Barraclough, 1980).

¿Cuáles son las principales características de esta historia eurocéntrica? En primer lugar, tiene su origen en la Antigüedad clásica, más específicamente como producto de la civilización grecorromana, además de los aportes del judeocristianismo, del cual heredó su concepción lineal del tiempo. En segundo lugar, esta historia es teleológica, es decir, que se desarrolla en función de un fin. Se trata de un concepto que se desarrolló durante la Edad Media, producto de una visión del pasado permeada por el llamado “providencialismo histórico”, es decir, una idea de la historia cuyo sentido se hallaría en un plan divino. El ejemplo más representativo de este tipo de historia se encuentra en la obra *La ciudad de Dios* de San Agustín. Para este Padre de la Iglesia, los hechos pasados sucedieron por una razón, sin embargo, esta no se puede conocer racionalmente. Se trataría, para decirlo de una forma contemporánea, de una dimensión metahistórica que solo puede captarse mediante la fe. Esta concepción de la historia operó como paradigma hasta la Ilustración. Sus partidarios pretendieron romper con este esquema y ofrecieron una visión racionalista de la historia. Sin embargo, el providencialismo no desapareció del todo; se secularizó a través de la noción de progreso. Pero a diferencia del providencialismo histórico, la concepción ilustrada de la historia afirma su carácter totalmente racional y progresivo. Un buen ejemplo se encuentra en la famosa obra de Condorcet: *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del*

espíritu humano. Finalmente, esta historia eurocéntrica pretende tener un alcance universal, pero un universalismo enfocado en los acontecimientos que suceden en Europa, región considerada como la más “avanzada” en términos de desarrollo del género humano³.

3. Fin de la historia

Ahora bien, este problema de la historia dotada de un sentido llevó inevitablemente a plantearse el problema de su fin. Esta tarea correspondió al siglo XIX, con el desarrollo de la llamada “filosofía de la historia”. Como se ha visto en el párrafo anterior, el providencialismo histórico concebía un “fin de la historia”, pero éste era inaccesible porque era conocido solo por Dios. Con la secularización ilustrada, este fin de la historia se volvió cognoscible mediante el uso de la razón. Kant lo expresó claramente en los inicios de su texto *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*. El problema teológico de la consumación de los tiempos se volvió ahora un problema filosófico. En su versión secularizada, correspondió esta vez a la realización de los valores europeos, los cuales se pueden leer en todas las obras de este género, de Kant a Fukuyama, pasando por Hegel y Marx.

Durante el siglo XIX, paralelamente a esta historia filosófica, se desarrolló una forma de pensar el pasado calificado por Hayden White de “realista”. Los partidarios de este “realismo histórico” se caracterizaron por oponerse a una concepción de la historia que consideraban altamente especulativa, una historia, en su juicio, moldeada al servicio de modelos abstractos. Así, en contraposición a Fichte, por ejemplo, quien acoplaba los hechos históricos a su modelo filosófico, personas como Ranke pretendían “contar la historia tal como sucedió”. En contra de esta historia especulativa, se desarrolló una idea de la historia sustentada sobre el paradigma de la “ciencia”. De esta manera, se pretendía sustraerla también de la fantasía de los literatos, como Walter Scott, o de historiadores románticos, como Michelet. Se desarrolló un modelo del conocimiento histórico, sustentado sobre el trinomio de la academia, la profesionalización y la ciencia. Gracias a este modelo, el conocimiento histórico ha ganado mucho en legitimidad y respetabilidad. Pero también, la profesionalización terminó por excluir toda producción histórica que no se moldeaba a ese trinomio. Tal como en la Edad Media se afirmaba que “fuera de la Iglesia no hay salvación”, muchos son los que, hoy día, piensan que “fuera de la academia no hay historia”. De nuevo, nos encontramos ante una situación de secularización⁴.

4. Críticas

Paralelo al desarrollo de esta historia de corte eurocéntrico, se produjeron las críticas. Se expresaron desde el interior, por ejemplo, con Herder, un contemporáneo de la Ilustración. Aunque éste se asumía parte de esta corriente, consideraba que sus correligionarios abordaban la historia desde una perspectiva demasiado cosmopolita, la cual, a su juicio, tenía el inconveniente de pasar por encima de las particularidades culturales y características específicas de las comunidades humanas (Corcuera de Mancera, 1997, págs. 20-23).

³ Los detalles pueden leerse en el libro de Regalado de Hurtado (2010).

⁴ Sobre este tema, el texto de Löwith (2007) es de lectura obligada.

En el último cuarto del siglo XIX, Nietzsche fue otro que criticó duramente tanto la filosofía de la historia, en sus vertientes idealista y materialista, como la historia académica que se adjudicaba criterios científicos. Las condenaba por ser variantes de una forma de pensar permeadas por el mecanicismo y el determinismo. En el escrito *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, Nietzsche abogaba por una reflexión histórica creativa que enriquecía la vida, al contrario de una erudita que se limitaba a la acumulación de datos o a la demostración de conceptos filosóficos abstractos.

En su momento, este tipo de críticas no pusieron en tela de juicio el modelo de la historia académica profesionalizante. Sin embargo, durante el siglo XX el debate continuó y fue el turno del “giro lingüístico”, que orientó el debate hacia el discurso. De hecho, sus partidarios volvieron a debatir sobre la dimensión discursiva de la historia, un problema que el desarrollo de la historia científica creía haber solucionado de una vez por todas. Así, aparecieron reflexiones como las de Barthes, en *El discurso histórico*, o de Hayden White, en *Metahistoria*, quienes resaltaron el hecho de que el conocimiento histórico, por tan científico que pudiese ser, no estaba exento de juegos discursivos y continuaba recurriendo a estrategias narrativas a la hora de explicar e interpretar los fenómenos pasados (White, 1992).

A finales del siglo XX y principios del siglo XXI, este debate sobre la historia como construcción discursiva se enriqueció con el aporte de nuevos enfoques como el postcolonial y los estudios subalternos, que resaltaron respectivamente las escrituras de la historia permeadas por criterios etnocéntricos y de posicionamiento social.

También, han cobrado mucha fuerza, recientemente, los diferentes enfoques feministas y las perspectivas llamadas “de género”, que recurren a la deconstrucción. Es interesante la expresión de Derrida que, en su crítica al logocentrismo, resalta también su dimensión patriarcal, que llamó “falocentrismo”, una racionalidad del falo, es decir, masculina e, incluso, machista. Llama también la atención el género desarrollado por la escritora y activista feminista estadounidense Robin Morgan, quién acuñó el término de *herstory* (*herstoria* en español), reivindicando una escritura de la historia desde lo femenino y por lo femenino, para colmar los vacíos dejados por la historia (como *history* – *his story*: la historia de él).

5. Posthistoria

El desarrollo de géneros alternativos de la historia como el propuesto por la *herstory* tiene la virtud de llevarnos a la necesidad de replantear una terminología usada hasta ahora para referirse al conocimiento histórico. En términos epistemológicos, eso lleva a preguntarse sobre la necesidad de pensar este conocimiento en clave de “posthistoria”. Se trata aquí de pensar en reflexionar sobre un término que expresa una nueva “condición” dentro de los estudios históricos, de la misma manera que Lyotard se refirió a finales de los años 70 a la posmodernidad como “condición” (Lyotard, 2004). No estamos todavía en la posthistoria, pero estamos viviendo actualmente en unos tiempos dentro de los cuales las formas de relacionarse con el pasado están adquiriendo cada vez más unas dimensiones poshistóricas. Veamos brevemente de qué se trata.

¿Qué podemos decir de la posthistoria? Primero, hay que mencionar que el término ha sido acuñado por el sociólogo alemán Arnold Gehlen, quien lo utilizó para referirse a las consecuencias de los desarrollos tecnológicos dentro de la sociedad. Pero existen muchos

otros usos de este término, lo que lo hace muy impreciso en cuanto a su definición. Dicho de otro modo, todavía no hay una definición consensuada de este concepto.

Una de esas utilizaciones se relaciona con una visión “presentista” de la historia. En función de este enfoque, no existiría una historia con “h” mayúscula, sino que estaríamos hablando aquí de una relación al pasado justificada en función de los cuestionamientos que le haríamos desde el presente (Jenkins, 2006, págs. 31-41). Así, eso implicaría entonces una historia que es siempre cambiante. Se resume a lo que Croce dijo en una oportunidad, a saber, que “toda historia es historia contemporánea”.

Otra utilización de la noción de posthistoria se orienta esta vez hacia posiciones más de índole nihilista. Aquí, la noción de posthistoria se refiere a un conocimiento histórico que habría perdido toda dimensión de tipo “trascendental”. Uno de sus máximos representantes es Emil Cioran, quien concibió la historia como cambiante, aunque carente de todo sentido. En este caso, no se puede extraer del estudio del pasado ninguna enseñanza o encontrar algún mensaje esperanzador; lo único que muestra, es lo absurdo y el sinsentido de la condición humana. Correspondería a una “caída” de alguna manera, a una expulsión del paraíso de la atemporalidad inocente e inconsciente.

Otras utilizaciones de la noción de posthistoria tienen que ver con enfoques posthumanistas o los géneros llamados postapocalípticos. En el primer caso, la historia deja de ser percibida únicamente como la “ciencia de los hombres en el tiempo”, acorde a la famosa fórmula de Marc Bloch. En este caso, habría que pensar el pasado más allá de sus percepciones humanistas (Paunescu, 1996), empezando por el hecho de que la mayoría de ellas se sostienen en criterios eurocéntricos. La historia practicada por Foucault y Sloterdijk se inscribe en esta tendencia. En su enfoque apocalíptico, se tiene de nuevo a Cioran, quien, en *Desgarradura*, se refiere a una historia que ha llegado a una dimensión donde la existencia es similar a sí misma y a un sentimiento de dislocación del tiempo. Los acontecimientos llegaron a su “fin”, es decir, perdieron cualquier dimensión simbólica y ahora, no hacen más que dar cuenta de “síntomas”. Esta historia se volvió un devenir dentro del cual nada deviene. En consecuencia:

¿Se presentará la post-historia como una versión agravada de la prehistoria? ¿Y cómo fijar la fisonomía de este superviviente al que el cataclismo habrá acercado a las cavernas? ¿Qué hará frente a estos dos extremos, frente a este intervalo que los separa y en el que ha sido elaborada una herencia que rechaza? Libre de todos los valores, de todas las ficciones que se produjeron durante este lapso de tiempo, no podrá ni querrá, en su decrepitud lúcida, inventar otros nuevos. Y es así como el juego que hasta ese momento había regulado la sucesión de las civilizaciones se habrá acabado (Cioran, 2004, pág. 47).

Postmodernismo, posthumanismo: ¿el vocablo de posthistoria no correspondería a otra de estas nuevas modas intelectuales? La pregunta es legítima. La respuesta que me atrevo hacer es que no se trata más de una simple “moda”; la posthistoria no corresponde a una simple alternativa a una situación problemática producto de otra de estas “crisis de la historia”; es la consecuencia de la universalización de la historia académica y profesionalizante de corte eurocéntrico definido en los párrafos anteriores. En consecuencia, si seguimos a la reflexión del historiador británico Jenkins, el vocablo “historia” estaría condenado a desaparecer con la disolución de la misma modernidad (Jenkins, 2006, págs. 11-64).

Por otro lado, la multiplicación exponencial del conocimiento histórico (Ankersmit, 2003, págs. 315-351) ha llevado al público a relacionarse con el pasado como un producto de consumo entre otros, haciendo un uso “a la carta” de la historia, siguiendo el análisis de Lipovetsky. Así, al contrario de lo que suelen afirmar más de un historiador, el público no estaría perdiendo el interés para la historia; estaría más fuerte que nunca (Lipovetsky, 2008). Sin embargo, a este público no le interesaría la historia de los historiadores académicos, con la cual no se siente identificada, y que rebuta los altos niveles de especialización y sus narrativas técnicas, abstractas y herméticas.

En cambio, el público en general ha desarrollado un gran interés hacia la historia de tipo “divulgación”, que apela conscientemente a juegos narrativos, o la que invita a las personas a escenificar situaciones pasadas, como el caso de las llamadas “medievales” en muchos países europeos o las reconstituciones de batallas de la Guerra Civil en los Estados Unidos.

6. ¿Un saber espumoso?

En conclusión, esta condición posthistórica que se está vislumbrando constituye una invitación a pensar el futuro del conocimiento histórico desde propuestas pluralistas y policéntricas, más allá de los modelos globalizantes y totalizantes. Actualmente, a nivel conceptual, existen propuestas como las de Sloterdijk, quien instiga a pensar el mundo en término de “espuma” (Sloterdijk, 2009, págs. 27-73).

Además, el conocimiento pasado posthistórico ni siquiera implica la renuncia al pensamiento científico, aunque eso sí, a su dimensión positivista. Las posibilidades ofrecidas por la complejidad de la teoría general de los sistemas⁵ son más que interesantes: permiten volver a una concepción de la historia gobernada por el azar. Correspondería retornar a la expresión de Pascal, quien afirmaba en sus *Pensamientos* que “si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, la historia del mundo habría sido diferente”. Aquí, el filósofo francés expresaba una idea de la historia que tenía mucho que ver con los preceptos enseñados hoy en día por la llamada teoría del caos⁶.

Así, nos encontramos hoy día hacia un conocimiento histórico pluralista, que depende de lo que Nietzsche llamaba “perspectivismo”. Este saber es acumulativo, más no de forma aritmética, sino rizomática. Se trata de un saber complejo, que no depende de una sola causa o de una jerarquización de causas – en forma de árbol - sino de un sistema de causas en interacciones entre ellas (Deleuze & Guattari, 2010). Se trata también de un saber multidimensional, que tiene como principal característica el ser impreciso y precario. De ahora en adelante, hay que renunciar a la pretensión positivista de escribir la historia definitiva o de agotar una cuestión histórica determinada. Siempre habrá algo nuevo que decir sobre una cuestión del pasado.

Pero, dicho sea de paso, no se trata de algo realmente nuevo. Esta situación siempre ha existido. Dentro del paradigma moderno, el conocimiento histórico, incluso científico, no podía dejar espacio a la incertidumbre, la cual era considerada como una actitud anticientífica. Pero más que de una actitud anticientífica, estábamos hablando aquí más bien de un cientifismo, es decir, de un discurso sobre la ciencia, más que una actitud auténticamente científica (Bermejo, 1987, págs. 19-102). Ahora, dentro de la complejidad,

⁵ Consultar al respecto el libro de Ossa (2016).

⁶ Lo que, contrario a la idea recibida, no excluye la existencia de un orden. Sobre este tema léase Smith (2011).

la ciencia no descarta las incertidumbres, sino que las integra como una condición inherente del saber.

Referencias bibliográficas

- Ankersmit, F. R. (2003). *Historio y Tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barraclough, G. (1980). *Tendances actuelles de l'histoire*. París: Flammarion.
- Bermejo, J. C. (1987). *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*. Madrid: Akal.
- Cioran, E. (2004). *Desgarradura*. Barcelona: Tusquets.
- Corcuera de Mancera, S. (1997). *Voces y silencio en la historia. Siglo XIX y XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2010). *Rizoma. Introducción*. Valencia: Pre-Textos.
- Jenkins, K. (2006). *¿Por qué la historia?* México: Fondo de Cultura Económica.
- Lipovetsky, G. (2008). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- Löwith, K. (2007). *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Liotard, J.-F. (2004). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Ossa, C. A. (2016). *Teoría General de Sistemas. Conceptos y aplicaciones*. Pereira (Colombia): Universidad Tecnológica de Pereira.
- Paunescu, I. (1996). L'entrée dans la posthistoire: critères de définitions. *History and Theory*, 35(1), 56-79.
- Regalado de Hurtado, L. (2010). *Historiografía occidental: un tránsito por los predios de Clío*. Lima: Fondo Editoria de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Sloterdijk, P. (2009). *Esferas III. Espumas. Esferología plural*. Madrid: Siruela.
- Smith, L. (2011). *Caos: una breve introducción*. Madrid: Alianza Editorial.
- White, H. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.